



El unicornio



Iris Murdoch

Traducción del inglés a cargo de
Jon Bilbao

Prólogo a cargo de
Ignacio Echevarría



IMPEDIMENTA



A David Pears

PARTE UNO

CAPÍTULO UNO

—¿A qué distancia está? —Veinticinco kilómetros.

—¿Hay algún autobús?

—No.

—¿Hay algún taxi en el pueblo o coche que pueda alquilar?

—No.

—Entonces ¿cómo voy a llegar?

—Puede usted alquilar un caballo aquí cerca.

—No sé montar a caballo —dijo exasperada— y, en cualquier caso, está mi equipaje.

Ellos la observaban con una curiosidad serena y distraída. Le habían dicho que la población local era «amistosa», pero aquellos hombres grandes y lentos, si bien no eran exactamente hostiles, carecían por completo de la capacidad de reacción propia de la gente civilizada. La habían mirado con extrañeza cuando les dijo adónde iba. Quizá esa era la razón.

Se daba cuenta ahora de lo estúpido e incluso desconsiderado de no haber anunciado su hora exacta de llegada. Le había parecido más excitante, más romántico y, en cierto modo, menos intimida-

torio llegar por su cuenta. Pero ahora que el desastrado trencito que la había llevado desde el empalme de Greytown se había alejado tosiendo entre las rocas, tras dejarla rodeada por aquel silencio, convertida en motivo de atracción para aquellos hombres, se sentía indefensa y casi asustada. No esperaba semejante soledad. No esperaba el paisaje atroz.

—Ahí viene el coche del señor Scottow —dijo uno de los hombres señalando.

Ella miró a través de la bruma vespertina la desolada ladera de la colina, las terrazas escalonadas de piedra gris amarillenta, desnudas y monumentales. Segmentos erosionados de muro aquí y allá permitían intuir las vueltas y revueltas de una carretera empinada que descendía la colina. Para cuando vio el Land Rover que se acercaba, el grupo de hombres se había apartado de ella, y para cuando el vehículo entró en el patio de la estación, todos habían desaparecido.

—¿Es usted Marian Taylor?

Con el alivio de volver a sentirse ella misma, aceptó el tranquilizador apretón de manos del hombre alto que se apeó del vehículo.

—Sí. Lo lamento. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—Como no dijo usted cuándo iba a llegar, pedí al jefe de estación de Greytown que estuviera atento y me enviara un mensaje con la furgoneta del correo cuando la viera esperar nuestro tren. La furgoneta llega a Gaze como poco media hora antes que el tren. Y pensé que no sería usted difícil de identificar. —Acompañó las últimas palabras de una sonrisa que convirtió el comentario en cumplido.

Marian se sintió reprendida pero a la vez bien cuidada. Le gustaba aquel hombre.

—¿Es usted el señor Scottow?

—Sí. Tendría que haberlo dicho. Gerald Scottow. ¿Son esas sus maletas? —Hablabla con un agradable acento inglés.

Ella lo siguió al vehículo, sonriente y decorosa, esperando causar

buena impresión. El momento previo de miedo no había sido más que una tontería.

—Vamos allá —dijo Gerald Scottow.

Mientras él metía las maletas en la parte trasera del Land Rover ella vio en el interior en penumbra lo que al principio creyó que era un perro grande, pero que a continuación identificó como un chico muy guapo de unos quince años. El chico no se apeó, sino que la saludó inclinando la cabeza desde detrás del equipaje.

—Este es Jamesie Evercreech —dijo Scottow cuando ayudaba a Marian a acomodarse en el asiento delantero.

El nombre no le decía nada pero ella se preguntó al saludarlo si se trataría de su futuro alumno.

—Confío en que tuviera usted oportunidad de tomar un té decente en Greytown. Hoy cenaremos tarde. Es muy amable por su parte que haya decidido unirse a nosotros en este lugar olvidado de la mano de Dios. —Scottow puso en marcha el motor y el vehículo dio marcha atrás hacia la retorcida carretera.

—En absoluto. Estoy muy emocionada por venir.

—Supongo que es su primera visita. La costa está bien. Bella quizá. Pero el interior es espantoso. No creo que haya ni un solo árbol entre aquí y Greytown.

Mientras Marian, que ya se había percatado de ello, buscaba una forma de convertirlo en un mérito, el Land Rover tomó una curva cerrada tras la que apareció el mar. Se le escapó una exclamación.

Era de un luminoso verde esmeralda veteado de púrpura oscuro. Islotes irregulares de un verde más claro y menos brillante, entreverados de sombras, asomaban de él rodeados por anillos de espuma. A medida que el vehículo continuaba trazando quiebros y ascendiendo, la escena aparecía y reaparecía, enmarcada por peñascos fisurados de roca gris que, ahora que estaba más cerca, Marian vio que estaban cubiertos de amarilla uva de gato y de saxífragas y de un musgo rosa y copetudo.

—Sí —dijo Scottow—. Bello, sin duda. Me temo que yo ya estoy acostumbrado, y contamos con muy pocos visitantes que nos permitan observarlo con nuevos ojos. Verá usted los famosos acantilados en un minuto.

—¿Vive mucha gente por aquí?

—Es un paraje despoblado. Como ve, apenas hay tierra. Y en el interior, donde sí la hay, es en forma de ciénagas. La población más cercana es Blackport, nada más que un deprimente pueblo de pescadores.

—¿No hay un pueblo en Gaze? —preguntó Marian, encogiéndosele un poco el corazón.

—Ya no. O apenas. Antes había algunas casas de pescadores y una especie de taberna. Un poco hacia el interior había un pequeño páramo y un lago, y la gente iba a cazar y a cosas así, aunque nunca estuvo realmente de moda. Pero una tormenta arrasó el sitio hace unos años. Se perdieron todas las embarcaciones de pesca y el lago se desbordó e inundó el valle. Fue un desastre bastante renombrado, a lo mejor leyó sobre ello. Y ahora el páramo no es más que otro trozo de ciénaga, y hasta los salmones han desaparecido.

Marian pensó, llevada por un presentimiento repentino, que a lo mejor Geoffrey tenía razón después de todo. Habían consultado juntos el mapa y él había meneado la cabeza. No obstante, Gaze figuraba señalado con tipos de tamaño considerable y Marian estaba convencida de que sería un sitio civilizado, con tiendas y un bar.

El entusiasmo y la desesperación se habían ido dando el relevo durante el último mes; ella se daba cuenta ahora de lo inocente que había sido imaginar su viaje como el inicio de una especie de felicidad. Geoffrey no había sido su primer amor, pero el sentimiento había tenido la intensidad de una primera vez, junto con la profundidad y el esmero que surgen del buen juicio siempre presente. Ella ya no era, después de todo, tan joven. Estaba muy cerca de los treinta; y la impresión de que, hasta aquel momento, su vida solo

había sido una serie de improvisados ensayos de puesta en escena la había llevado a dar la bienvenida del modo más rapaz a lo que por fin parecía un evento real. Decepcionada por completo, había afrontado la pérdida con intensa racionalidad. Cuando quedó claro que Geoffrey ni la amaba ni era capaz de hacerlo, decidió que tenía que irse. Se había acomodado, quizá mucho, en su trabajo de maestra de escuela. Ahora, de pronto, veía evidente que la misma ciudad, incluso el mismo país, no podía contenerla a ella y también a él. Marian admiró su propia crueldad. Pero se admiró incluso más por lo que vino a continuación: cómo, tras dejar de querer expulsar por completo a Geoffrey de su cabeza, de no tenerlo presente, descubrieron que, después de todo, podían seguir hablando de manera racional y amable. Ella fue generosa de una manera consciente. Le permitió consolarla un poco por haberlo perdido; y obtuvo la dolorosa gratificación de descubrirlo a punto de enamorarse en el momento en que ella, asombrosa, desgraciadamente, se empezaba a recuperar.

Lo había visto casi por casualidad, el curioso y pequeño anuncio. Geoffrey se había burlado de ella diciendo que solo estaba impresionada por un nombre ilustre y una fantasía de «vida sofisticada». Era cierto que le atraían el nombre, castillo de Gaze, y la remota región, con fama de hermosa. Una tal señora Crean-Smith solicitaba una institutriz con conocimientos de francés e italiano. Se mencionaba un salario elevado; sospechosamente elevado, dijo Geoffrey, incluso teniendo en cuenta lo solitario del lugar. Él se oponía al plan; en parte, notó Marian con ternura entristecida, por celos, por envidia al verla a ella rehecha tan pronto y dispuesta para la aventura.

Marian había escrito, enumerando sus títulos, y recibido una amistosa carta de alguien llamado Gerald Scottow. Siguió varias misivas más y el trabajo le fue ofrecido, pero sin que ella hubiera descubierto, ni tenido verdadero interés en indagar al respecto, la edad ni el número de sus futuros alumnos. Tampoco pudo deducir por la actitud del señor Scottow si se trataba de un amigo, un pariente o un criado de la señora Crean-Smith, en cuyo nombre escribía.

Marian volvió la cabeza disimuladamente para observar a Gerald Scottow. Era fácil porque se encontraba entre ella y el mar. También le habría gustado volverse hacia atrás y mirar al chico cuya silenciosa presencia tanto la incomodaba, pero era demasiado tímida para hacerlo. Sin duda, Scottow parecía, empleando una terminología que haría a Geoffrey mofarse de Marian con paternalismo, un miembro de «la aristocracia». Su acento y modales proclamaban que no se trataba de un subordinado, y Marian conjeturó que podía ser un pariente o un amigo de la familia. Sin embargo, si vivía allí, ¿a qué se dedicaba? Era un hombre alto y atractivo con un rostro expresivo y delicado, de cutis terso, y había algo en él propio de las maneras de un soldado. Tenía una tupida mata de cabello castaño y crespo cuyos rizos llegaban hasta más abajo del cuello enrojecido, castigado por la intemperie. Los ojos pardos eran hermosos de un modo que se diría consciente. Parecía estar a comienzos de los cuarenta y quizá había empezado a ganar peso, dejando atrás la belleza anterior. Su aspecto era ahora más robusto, más cuadrado, algo rechoncho, aunque musculoso y no sin elegancia. Marian desplazó la mirada a las manos grandes e hirsutas que manejaban el volante. Se estremeció un poco. Se le había pasado por la cabeza la pregunta de si habría una señora Scottow.

—Ahí están los acantilados.

Marian había leído sobre los grandes acantilados de arenisca negra. Bajo la luz brumosa parecían más bien marrones, y la serie de inmensos contrafuertes se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista, estriados, perpendiculares al mar, inmensamente elevados, descendiendo en picado hasta sumergirse en el agua hirviente y blanca. Era el mar lo que parecía negro, entremezclado con la espuma como tinta con nata.

—Son maravillosos —reconoció Marian. Encontraba la vasta y oscura línea costera repelente y aterradora. Nunca había visto una tierra tan exenta de piedad hacia el hombre.

—Se afirma que son sublimes —dijo Scottow—. De nuevo, no puedo juzgar. Estoy demasiado habituado a ellos.

—¿Hay buenos sitios para nadar? —preguntó Marian—. Quiero decir, ¿se puede bajar al mar?

—Se puede bajar al mar. Pero aquí nadie nada.

—¿Por qué?

—Nadie nada en este mar. El agua está demasiado fría. Y este mar mata a las personas.

Marian, que era una nadadora experta, decidió ir a nadar a pesar de todo.

Los destellos causados sobre el agua por el sol en descenso la deslumbraron. Miró hacia tierra adentro, aún perturbadoramente consciente de la presencia del silencioso chico tras ella. La desnuda extensión de caliza cedía terreno, alzándose en terrazas nítidamente delimitadas que formaban unas mesetas bajas y gibosas, yacientes unas junto a otras como enormes monstruos fósiles. Unos pocos arbustos, escuálidos y rojizos, y avellanos inclinados hacia el este se aferraban a la roca, que el sol volvía de un amarillo pálido y granuloso.

—Un paisaje singular, ¿no es así? —dijo Scottow—. No del gusto de cualquiera, por supuesto. Pero debería usted ver esas rocas en mayo y junio. Están completamente cubiertas de gencianas. Incluso ahora, hay mucha más vegetación de la que parece a primera vista. Si busca, encontrará flores diminutas y extrañas, y plantas carnívoras. Y hay cuevas de lo más curiosas y ríos subterráneos. ¿Le interesan la geología, las flores y esas cosas? Veo que ha traído sus prismáticos.

—No entiendo de geología. Pensé que podría avistar pájaros, aunque en realidad tampoco sé mucho de pájaros.

—Yo no sé nada de pájaros, salvo de los que se cazan, pero podrá usted ver algunos curiosos por aquí. Cuervos y águilas doradas y cosas así. Confío en que le guste caminar.

—Sí, mucho. Supongo que aquí uno puede perderse fácilmente.

—No hay muchos puntos de referencia en el peñascal. Apenas hay nada vertical salvo megalitos y dólmenes. Es una tierra muy antigua.

La carretera había doblado hacia tierra adentro y serpenteaba entre afloramientos de piedra. El pavimento irregular dejó paso a un camino de grava repleto de baches. Scottow aminoró la marcha. Había algo oscuro delante, que resultó ser un pequeño grupo de burros. Entre estos había dos crías apenas más grandes que un fox terrier. El vehículo se abrió paso entre los animales, que se apartaron perezosos, caminando sobre las pezuñas hendidas. Soltaron unos extraños lamentos.

Marian aprovechó el encuentro con los burros para volverse y mirar al chico. Este le dedicó una sonrisa de singular dulzura, pero ella no llegó a verle bien la cara.

—Son unas bonitas bestezuelas —dijo Scottow—, pero preferiría que se mantuvieran fuera de las carreteras. Por suerte, hay poco tráfico. Aunque eso también significa que la gente conduce como el demonio. Hay un dicho por aquí: «Solo te encontrarás con un coche en todo el día, pero te matará».

Una curva del camino reveló de pronto, a lo lejos, una hermosa casa de grandes dimensiones. Su presencia era deslumbrante en mitad del paraje desnudo, y poseía, bajo la bruma luminosa, cierta apariencia de espejismo. Se alzaba junto al mar, sobre un promontorio, una gran casa del siglo XVIII, gris, de tres plantas. Marian había visto varias semejantes durante el viaje, pero siempre sin tejado.

—¿Es el castillo de Gaze?

—Me temo que no. Es Riders. Nuestro vecino más cercano. Gaze no es ni la mitad de grande. Confío en que no esté usted decepcionada. Todas las residencias señoriales de la zona acostumbra a denominarse castillos.

—¿Quién vive en Riders? —Dado el escaso censo, podía ser una cuestión de importancia.

—Un recluso interesante, un anciano erudito llamado Max Lejour.

—¿Vive solo en esa casa?

—Pasa el invierno solo, con la excepción del servicio, por supuesto. El invierno aquí es terrible y no todo el mundo puede soportarlo. En verano tiene visitas. Su hijo y su hija están ahora con él. Y hay un hombre llamado Effingham Cooper que viene a menudo.

Marian oyó un extraño sonido agudo tras ella. Se dio cuenta de que el chico se había reído. Se dio cuenta al mismo tiempo de que debía de ser mayor de lo que ella había imaginado. Aquella no era la risa de alguien de quince años. Se volvió rápidamente y vio ahora su rostro de manera más clara. Era un querubín pálido, un tanto echado a perder, de unos diecinueve años, con cabeza alargada y barbilla puntiaguda. Unos mechones lacios, largos y claros le colgaban sobre la frente y medio tapaban sus grandes ojos azules, claros e inteligentes, dándole una apariencia perruna. Se echó el pelo hacia atrás, abrió mucho los ojos y dedicó a Marian una sonrisa pícara con la que la hizo sentir cómplice de una broma privada.

Scottow continuó hablando.

—Ese grupo, junto con nuestra pequeña banda, constituye toda la gente de bien que hay en cincuenta kilómetros a la redonda. ¿Verdad, Jamesie? —Hubo una leve aspereza en el tono. A lo mejor a Scottow le había molestado su risa.

Marian ansiaba averiguar quiénes formaban «nuestra pequeña banda». Bueno, para bien o para mal, lo sabría muy pronto.

—Me temo que ha venido usted a caer en un agujero espantoso, señorita Taylor. La mayoría de los campesinos son unos chalados, y el resto algo peor. —El chico tenía una voz grata y suave, con un asomo de acento local.

—¡No se crea ni una palabra de lo que le diga! —intervino Scottow—. Jamesie es la luz que ilumina nuestros días pero también un incorregible fabulador.

Marian rio incómoda. No podía adivinar el papel de Jamesie. En realidad tampoco adivinaba cuál era el de Scottow.

Este, como si hubiera leído sus pensamientos, añadió:

—Jamesie tolera amablemente que yo conduzca el Land Rover.

—¿El coche es suyo? —preguntó Marian, y seguidamente se percató del error.

—No exactamente. Jamesie ejerce como nuestro chófer y habitualmente nos soporta y nos anima cuando nos ponemos melancólicos.

Marian se sonrojó. ¿Tendría que haberse dado cuenta de que Jamesie era un «sirviente»?

—Aquí comienza la propiedad. Verá usted un dolmen increíble a su izquierda en un minuto.

La gran casa quedaba ahora fuera de la vista, oculta tras un domo calizo. El paisaje se había vuelto un poco más amigable, y una variedad de hierba pequeña y de tonalidad reseca y pajiza, o quizá un tipo de líquen velludo, formaba parches de color azafrán entre las rocas. Unas ovejas de rostro negro y luminosos ojos ambarinos aparecieron de pronto sobre un pequeño peñasco, y tras ellas el dolmen, contra un cielo verdoso. Dos inmensas rocas dispuestas en vertical soportaban una vasta losa que asomaba un buen trecho por cada lado. Era una extraña estructura asimétrica, en apariencia carente de propósito si bien cargada de un terrible significado.

—Nadie sabe quién lo erigió ni cuándo ni por qué, ni siquiera cómo. Esas cosas son muy antiguas. Pero por supuesto es usted una persona instruida, señorita Taylor, y sabrá mucho más al respecto que yo. Después del dolmen comienza la ciénaga, que se extiende durante kilómetros. Y ahora, ahí tenemos Gaze.

Cuando el coche empezó a descender, Marian divisó en la ladera de la colina de enfrente una gran e imponente casa gris, con fachada almenada y ventanas altas y estrechas que brillaban con la luz proveniente del mar. Estaba construida con la piedra caliza local y

brotaba del paisaje un tanto a semejanza del dolmen, integrada en el mismo pero a la vez sin formar parte de él.

—No es una belleza, me temo —lamentó Scottow—. Siglo XIX, por supuesto. Aquí había una casa más antigua, pero ardió como la mayoría. La terraza del XVIII se conserva, y los establos. Ese es nuestro pequeño río. Ahora no parece muy peligroso, ¿verdad? Y ese es el pueblo, lo que queda de él.

El vehículo aminoró la marcha y pasó despacio sobre un largo puente de madera que cruzaba un canal de piedras grandes, moteadas y prácticamente esféricas. Un hilo de agua de color jerez se abría camino, errático, entre las piedras y, en las proximidades del mar, se ensanchaba dando lugar a una laguna poco profunda y de superficie agitada por el viento, bordeada por marañas de algas amarillas brillantes. Unos pocos *cottages* enjalbegados de una sola estancia se acurrucaban formando un grupo desordenado cerca de la carretera. Marian se fijó en que algunos no tenían tejado. No había nadie a la vista. Más abajo y a lo lejos, enmarcado por los negros y perpendiculares acantilados, cuya altura era ahora evidente, estaba el mar dorado. La casa, Riders, volvía a ser visible tras ellos. El vehículo empezó a subir la otra falda del valle.

A Marian la dominó de pronto un pánico atroz y paralizante. La asustaba mucho la idea de llegar. Pero era más que eso. Temía las rocas y los acantilados y el grotesco dolmen y las cosas antiguas y secretas. Sus dos acompañantes ya no le parecían tranquilizadores sino increíblemente extraños e incluso siniestros. Se sintió, por vez primera en su vida, completamente aislada y en peligro. Por un instante estuvo a punto de desmayarse de terror.

A modo de llamada de auxilio dijo:

—Estoy muy nerviosa.

—Sé que lo está —afirmó Scottow. Sonrió, sin mirarla, y sus palabras volvieron a tener un timbre protector—. No debe estarlo. Pronto se sentirá como en casa. Somos un grupo inofensivo.

Volvió a oír tras ella la aguda risa del chico.

El coche pasó a trompicones sobre una valla para el ganado derribada y atravesó un inmenso arco almenado. Un *cottage* para el guardés, sin cristales en las ventanas, se erigía en un paraje agreste de arbustos castigados por el viento. La desigual senda de grava, erosionada por la lluvia e invadida de maleza, trazó una curva a la derecha y ascendió hacia la casa. Después del terreno rocoso y seco, la tierra allí estaba húmeda y era más oscura, cubierta por parches de hierba tiesa de un vivo verde. Fucsias rojas en flor salpicaban la ladera entre matas de rododendro desaliñadas y oscuras. La vía dio una nueva curva y la casa apareció más cerca. Marian divisó la balaustrada de piedra de una terraza que la rodeaba por completo y la alzaba a una buena altura sobre la tierra turbosa. Había un muro de piedra gris más allá y se insinuaba un jardín descuidado con unos pocos abetos mustios y una araucaria. El coche se detuvo y Scottow apagó el motor.

Marian se sintió consternada por el súbito silencio. Pero el pánico irracional había quedado atrás. Ahora estaba asustada de un modo convencional: estómago revuelto, timidez, enmudecimiento, y era horriblemente consciente de su entrada en un mundo nuevo.

Scottow y Jamesie llevaron las maletas. Sin mirar las ventanas vigilantes, ella los siguió por los escalones conducentes a la terraza, de losas resquebrajadas y entre las que crecían hierbajos, por el porche de piedra, grande y ornamentado, y a través de las puertas batientes de cristal. Dentro el silencio era de una variedad distinta, y estaba oscuro y hacía más bien frío y había un olor dulzón a cortinas y humedad viejas. Dos doncellas con altas cofias de encaje y pelo negro y grasiento, que no dejaban de lanzarle miradas de soslayo, se acercaron por su equipaje.

Jamesie había desaparecido en la oscuridad. Scottow dijo:

—Imagino que querrá usted asearse. No hay prisa. Por supuesto, no nos cambiamos para cenar, no muy en serio, quiero decir. Las doncellas le enseñarán su habitación. Quizá le apetezca a usted bajar en media hora o así. La estaré esperando en la terraza.

Las doncellas se apresuraban ya escaleras arriba con el equipaje. Marian las siguió a través de la semioscuridad. Los suelos estaban en su mayor parte desnudos de alfombras y desnivelados, crujían, producían ecos, pero había suaves colgaduras, cortinas en arcos y tenues tejidos semejantes a telas de araña que pendían en puertas y rincones y se le enganchaban en las mangas al pasar. Finalmente fue conducida a una habitación tomada por la luz del atardecer. Las doncellas desaparecieron.

Cruzó la habitación para asomarse a la ventana. Ofrecía una amplia vista del valle, hasta Riders y el mar. Este tenía ahora un tono azul pavo real y los acantilados, negro azabache, y disminuían en la distancia hasta donde las lejanas islas volvían a ser visibles sobre un cielo ámbar oscuro. Miró y suspiró, olvidándose de sus inquietudes.

El estuche con los prismáticos nuevos colgaba de su cuello. Enfrascada en contemplar el paisaje, los sacó con torpeza. Eran un juguete encantador. Apuntó con ellos al valle. El puente de madera apareció asombrosamente próximo, y el círculo mágico remontó despacio la colina hacia la casa de enfrente. Llegó a un muro y distinguió la textura desigual de la piedra, sobre la que el sol en declive caía oblicuo y formaba pequeñas sombras; y a continuación, de manera inesperada, una balaustrada de piedra, como la de Gaze, y tras ella una ventana con los postigos echados. Desplazó los prismáticos lentamente y se detuvo en un grupo de alegres sillas de jardín y una mesa con una botella encima. Al momento siguiente estaba mirando a un hombre. Se encontraba de pie en la terraza y la miraba a los ojos a través de unos prismáticos enfocados sobre Gaze. Marian dejó caer los suyos y se apartó a toda prisa de la ventana. El pánico regresó.